

tólo así Guillermo Parisiense: *Hominem, tot in se per bonitatem Dei in gestis carbonibus, miraculo diabolico, non ardere.* Si tuvieramos mil corazones, ¿no debíamos consagrarlos todos y enteros al amor de Dios? ¿Y será posible que teniendo uno solo queramos dividirlo, dando parte á las criaturas y parte á Dios? *Fieri ne potest, ut homo credens in Deum possit, aliud amare, quam Deum?* (decia san Felipe Neri.) Y volviendose á Dios amorosamente se quejaba: *Deus, cum tam amabilis sis, et ita velis à nobis amari, cur dedisti nobis tantum unum cor, et hoc tam parvum?* Señor, siendo vos tan amable, y mandandonos que os amemos, ¿por qué nos disteis un corazon solo, y ese tan pequeño? ¿Qué? Si merece gran castigo quien divide injustamente el corazon, y reserva para Dios sola una parte del suyo, ¿qué merecerá aquel impio, que lo dá todo á las criaturas, y vive totalmente privado del amor del Criador? Estos son semejantes á los demonios del infierno, perdiendo la naturaleza humana, y como transformandose en la diabólica. Y así, conjurando un demonio, que poseia el cuerpo de una pobreçilla, y forzandole el Sacerdote con los exorcismos á manifestar su nombre, dijo con voz lastimera y llorosa: *Ego sum ille nequam privatus amore Dei.* Yo soy aquel malvado, que estoy privado del amor de Dios. A las cuales palabras la B. Catalina de Génova, que estaba presente, se llenó tanto de horror, que como herida de un rayo, exclamó: ¡O horrible miseria, estar privado del amor de Dios! ¡O infierno de los infiernos, estár privado del amor de Dios!

OTRAS FINEZAS DEL AMOR DE DIOS.

No se contentó el Amor divino con habernos dado tantos bienes naturales y sobrenaturales: pasó mas adelante, hasta dar al mismo Dios: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* El amor movió al Padre Eterno á embiar del cielo á la tierra á su unigénito Hijo: el Hijo vino á ofrecerse á sí mismo en holocausto perfecto por nuestra salud; el Padre y el Hijo nos dieron al Espíritu Santo para consolador de nuestra vida; y el Espíritu Santo viene él mismo a habitar con especial union de amor en el corazon de los justos, como en su templo. ¿Se pudo concebir mayor bondad? ¿Que un Dios, felicísimo en sí mismo, y gloriosísimo en las gerarquias angélicas, se digne de venir á las viles miserias de la criatura humana! Una visita cortesana, que hizo el emperador Carlos V. á un soldado herido, robó los corazones de todo el ejército, de suerte, que darian por él mil vidas. Y una dignacion tan grande de la divina Magestad, que no solo nos visitó enfermos, sino tomó en sí nuestras enfermedades; no solo nos dió una benigna ojeada, sino vive, y mora siempre con nosotros en el divinísimo Sacramento, todo amor, todo beneficencia, ¿no tendrá fuerza para arrebatarnos á amarle? El angélico Doctor santo Tomás vá ponderando aquella enfática sílaba: *Sic assi*, que pone san Juan: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* Dios tuvo tal amor al mundo, como si el hombre fue-

se Dios del mismo Dios: *Sic dilexit* (añade san Buenaventura) *ut se odisse quodammodo videatur*. Amó en tal grado, que en cierto modo pareció, que el Hijo de Dios aborrecia su propia vida, en comparacion del amor que tenia al hombre, por quien daba la vida.

Y á la verdad, si el Padre hubiese embiado á su Hijo á que fuese Rey glorioso en la tierra, y en ella fuese honrado con los mayores obsequios, y gozase suavísimas delicias, todavia seria beneficio inmenso, y una gran muestra de amor. ¿Qué será haberle embiado á nacer en una extrema pobreza, á vivir en sumos trabajos, á morir en una cruz por amor del hombre? Si el divino Hijo hubiese venido con comodidades, gloria y magestad, digna de su Real persona, á buscar al hombre perdido, con solo la costa de una palabra, quedaríamos en eterna obligacion á su amorosísima bondad. ¿Qué amor, pues, no le deberemos, habiendo venido á redimirnos con tantos gastos, y á costa de su Sangre? A esta consideracion se deshacia en tiernísimas lágrimas S. Bernardo: (DE PASS. CAP. 3.) *Super omnia te amabilem mihi reddit, ò bone Jesu! Calix Passionis. Quis illud cor tam vulneratum non diligit? Quis tam amantem non redamet?* Sobre todos los beneficios, ¡ó buen Jesus! os hace amable vuestra passion; porque, ¿quién no amará aquel corazon herido de amor? ¿Quién no corresponderá amando á un tan fino amante? Añade el mismo santo Dr. otro motivo: Que el Salvador empleó todos sus miembros y todos sus sentidos, en empresas y trabajos, para que todos fuesen testigos de su amor, y nos obligasen á reamarlo con todos nuestros afectos y todas nuestras fuerzas; *Toto se totum me*

comparavit; ni se pudiese mirar Jesus crucificado, sin que las heridas de todo su cuerpo nos provocaran á amarle: *Omnes provocarent ad amorem*. Seleuco, rey de la Grecia, habia puesto ley, que quien cometiese no sé qué delito, debiese perder los ojos en pena. Cayó en el delito su mismo hijo: ¿qué haria el padre? ¿Perdonarle? No lo permitia la justicia. ¿Castigarle? Mas no lo consentia el amor paterno. ¿Qué hizo, pues, el rey? Dividió la pena: hizo que le sacasen á él un ojo, y otro á su hijo, el cual quedó tan obligado y aficionado amante de su padre, que no se saciaba de mirarle al rostro, para ver en aquella cicatriz vacia del ojo, una señal y prenda vivísima de amor.

Ahora, pues, ¿que debemos hacer nosotros al mirar á nuestro Dios crucificado: que no dividió el castigo que debíamos padecer nosotros, quebrantadores de la Ley; ni tomó para sí parte de la pena, dejandonos á nosotros la otra parte, sino escogió para sí, todo y entero, el suplicio gravísimo que merecíamos nosotros? El solo quiso llevar la cruz: *Torcular calvavi solus*; solo satisfacer con las mas atroces penas á la Justicia divina. ¿Y tendríamos ojos nosotros para mirar el Corazon abierto de Jesus crucificado, sin sentir que se arrebata el nuestro? ¿Y viéndole gastarse todo, y dar la vida por caridad, no concebiremos llamas de amor? Bien decia san Ignacio: Ningun leño hace mas, y mas hermoso fuego, que el leño de la santa cruz, que enciende en los corazones llamas de amor divino. Encienda, pues, en nuestros pechos un afecto generoso y eficaz, para vencer cualquier asalto que nos pretenda apartar de nuestro Dios. Arda tan fuerte nuestra llama, que el ímpetu y torrente de las tribulaciones, como ligera gota ó rocío de agua

en un horno encendido, sirva solamente para avivarla, mas no pueda extinguirla; y que podamos decir con el Apostol: *Quis nos separabit à charitate Christi?*

Finalmente, si se considera con el mismo san Bernardo de cuántas maneras el Hijo de Dios se ha dado al hombre, se verá, que en todas mostró, que nació y vivió solo para este fin de ser amado: *Factus est, ut ametur: se dedit in meritum, se apponit in refectioem, se servat in praemium.* Todo convida á amor, porque en su vida se dió por precio y mérito de nuestro rescate: en su Sacramento se nos ha dado por alimento, refeccion y conorte en nuestros trabajos: en su gloria se ofrece por premio y corona de nuestras fatigas; ¿se puede imaginar, ni mas inmenso, ni mas ardiente, ni mas incomparable amor que éste, con que Dios se nos comunica en tantos y tan amorosos modos, cuanto es y cuánto tiene? *Eja igitur, ò anima meu, dilige eum, à quo tam dilecta es: ama amantem te,* (MANUAL. CAP. 4.) dice san Agustin. Ea, pues, alma mia, ama á aquel Señor, de quien eres tan amada: ama al que te amó, y te ama tanto: ofrece todo tu corazon á el que se te dió todo: ama sinceramente á quien tantas veces te ha amado. ¿Para quién quieres guardar tu amor, si no lo empleas en aquel Dios, que te puede hacer de presente feliz, y eternamente dichoso? Aparta tu afecto dé las riquezas de la tierra, que no pueden hacer otra cosa, sino inquietarte el corazon. Renuncia los vanos honores y los falsos placeres, que te tendrán siempre en congojas y afanes. Un corazon dividido en muchos afectos, nunca puede tener paz. Quien quisiere vivir contento, debe ofrecer *unum uni, unum cor uni Deo* (decia el B. Fr.

Gil.) Dios es tan zeloso de poseer solo y únicamente tu corazon, que tambien para esto, (si creemos á san Anselmo) quiso él en persona redimirte, para que tú no divudieses tu umor, dando parte á quien te crió, y parte á quien te redimió; *Ne amorem divideres, idem tibi factus est Creator, et Redemptor.* Todo tu corazon pide el padre Eterno, como Criador, *jure Creationis;* todo lo pide el divino Hijo, como Redentor, *jure Redemptionis;* todo lo pide el Espíritu Santo, como Santificador, *titulo Sanctificationis;* todo lo debes á un Dios solo, distinto en tres Personas. ¡O que bien entendió esta verdad la B. Miquelina, nobilissima matrona, la cual teniendo un solo hijo, á quien amaba como las niñas de sus ojos, para poder emplear todo su afecto entera y puramente en Dios, le suplicó, que si fuese de su agrado, se le llevase; lo cual alcanzó, juntamente con la gracia, de no tener en adelante mas amor á criatura alguna, sino solamente á su Dios.

Por último, aunque Dios no nos hiciese ningun beneficio, ni tuviese aun una centella de amor; si se considera que es infinitamente bueno, infinitamente hermoso, y sumamente amable en si mismo, por ser el mar de toda bondad, primer principio y último fin de todos los bienes, debia ser amado con infinito amor; y aun cuando la capacidad de nuestro corazon fuese inmensa, toda se debia emplear en amar á un Dios tan perfecto. Ahora, siendo á la verdad nuestro corazon tan limitado y estrecho, ¿cómo podemos quitarle alguna parte para emplearla en cosa de este mundo? La amabilidad de Dios es tan excesiva, que para amarle mas, ni aun habiamos de acordarnos de amarnos á nosotros mismos; y su exce-

lente perfeccion tiene en sí tanta virtud atractiva de amor, que ni aun debíamos dejarnos mover á amarla por la esperanza de un paraíso de gloria, ni por el temor de un infierno de pena. Por eso aquella gran virgen, amante de Dios, después de la contemplacion de la bondad y belleza del mismo Dios, salió en público con una vela encendida en la mano derecha, y un vaso de agua en la siniestra; (DIOS SOLO, CAP. 1.) y preguntándole ¿adónde, y para qué llevaba aquellas cosas? Respondió: Con esta llama quiero abrazar el paraíso, y con esta agua apagar el infierno, porque Dios debe ser amado y servido por sola su infinita bondad. Ingeniosa invencion de una alma verdaderamente amante, para mostrar, que las infinitas perfecciones de Dios, nos deben mover á amarle sumamente, aun sin mirar al inmenso premio que nos promete, ni á la eterna pena con que nos amenaza.

Pero quizá un amor tan puro sea solo de almas perfectas, como una Teresa y un Xavier, no para nosotros, miserables pecadores. A lo menos convénzanos á amarle los innumerables beneficios, con que nos ha prevenido, y los eternos premios que nos promete. *Si non amas Deum propter se, ama propter te.* Digámosle, al fin, con aquella grande alma, enamorada de Dios, san Agustin: *Muy tarde os he conocido, ¡ó Bondad infinita, siempre antigua y siempre nueva! ¡O qué infeliz tiempo en que no os amé, antes os ofendí! Haced que de aquí adelante os ame tanto, cuanto os he ofendido en lo pasado. Trocadme estos mis sentidos, muy inclinados á los bienes sensibles. Ilustradme los ojos con un rayo de vuestra luz, para que no sepan mirar otra cosa, que vuestra belleza. Dad-*

me tanto hastio y aborrecimiento de las criaturas, que yo me vea amorosamente forzado á acudir á vos, Criador mio. O amor únicamente amable, llenad mi corazón de amargura, respecto de los bienes mundanos. Haz que aborrezca las apariencias y errores, que me causan todas las cosas terrenas, así mi corazón, mi alma y todos mis afectos serán vuestros: en voz solo hallaré reposo y contento: con vos solo viviré feliz y moriré dichoso. Dios mio, esperanza mia, alegría mia y Dios de mi corazón.

Finalmente, cierre y ponga fin á estas lecciones, y selle nuestros corazones aquella grande oferta, que hacia san Ignacio á Dios al fin de sus ejercicios.

Suscipe, Domine, universam meam libertatem. Accipe memoriam, intellectum, atque voluntatem omnem. Quod habeo, vel possideo, mihi largitus es. Id tibi totum restituo, as tuae prorsus voluntati trado gubernandum. Amorem tui solum cum grutia tua mihi dones, et vides sum satis, nec] aliud quidquam ultra posco.

EJEMPLO.

No podré yo proponeros metamórfosi mas noble de un amor profano, transformado en caridad divina, que en Raimundo Lulio, sugeto de ilustre virtud. Jamás se vió hombre mas inclinado ni mas entregado á los amores, que él. Entre otros casos, se enamoró tan fuertemente de una dama de excelentes prendas, que el furor amoroso llegó á ser locura, saliendo verdad en él aquel celebre dicho: *Furor amantis, furor amentis*: el furor del amante, es furor de loco. Un dia paseando á caballo, vestido muy de gala, vió el objeto de su afición, que entraba en una iglesia; y arrebatado de su ciego amor, sin respeto á los sagrados altares ni á los divinos Sacramentos, dando espuelas al caballo, entró en la misma iglesia, para manejarle en ella con su acostumbrada galanteria. Mas al instante se levantó un gran grito en el pueblo, que le echó fuera, como loco. Afigiose muy mucho de esta accion la dama, y se resolvió á curar con un prudente consejo el furor de esto loco amante; y pedida primero licencia á quien la debia dar, le hizo llamar aparte, y con rostro entre enojado y compasivo, le descubrió su pecho, y le hizo ver su seno todo despedazado, y roido de un horroroso cancer, que exhalaba un olor pestilencial, lleno de viva podre; y por dar mas alma á la accion, fulminó de la boca estas razones: Mirad bien esta hedionda postema, en que empleais vuestros amores: ved la fealdad de esta podrida llaga, y oled el hedor de esta ma-

teria insufrible. ¿Cómo podeis andar tan frenético de afecto ácia tan abominable objeto? ¿Y el amor que se debe á Dios, darle á una criatura, que es de él tan indigna?

A esta vista y razonamiento quedó atónito Raimundo, llenose de horror, helóse mirando, sin poder articular palabra, aquella hedionda llaga. Al punto se sintió todo transformado en otro, sirviendo el cancer del cuerpo ageno de remedio para sanar su alma. Al salir del corazon el amor profano, entró y lo ocupó el divino; de modo, que empezó á llorar las locuras pasadas, y á protestar, que ya no queria amar mas, que á Dios. Con magnánima resolucion repartió toda su hacienda á los pobres; y saliendo de la casa de sus padres, se retiró á un desierto. Allí, empleado en oraciones, sustentandose de ayunos y lágrimas, se encendió en tal fuego de amor divino, que se veía obligado á romper el vestido delante del pecho, por dar un poco de desahogo al ardor del corazon. Al mirar las yerbas y flores del campo, le parecia ver otros tantos espejos, que le representaba la hermosura, la sabiduria y la bondad de Dios. Si iba algun amigo á verle, y le decia ¿cómo podia vivir allí tan solo? respondia al punto: Antes yo me entretenia y recreaba con una gustosa compañía; mas despues que habeis venido, estoy solo. Cuando era necesario dar algun poco de reposo á la flaca naturaleza, le dolia, porque oprimido del sueño, habia de pasar alguna hora sin la memoria de su Criador amado; y quando despertaba, encendia por recompensar esa pérdida, tanto los amorosos afectos, que á veces padecia desmayos. Entraba tal vez en la ciudad cantando loores á su amorosísimo Jesus; y pregun-

tandole ¿de dónde venia? respondia: *Del Amor*. ¿Adónde iba? *Al Amor* ¿A quién servia? *Al Amor*. En suma, ninguna otra cosa tenia en la lengua, ninguna otra en el corazon, sino el Amor de Dios; y así, se encendió en un ardentísimo deseo de morir presto, por ver á cara descubierta, amar y gozar á su infinito Bien. Llamaba por eso frecuentemente á la muerte, que viniese y desatacase aquel débil hilo y ligadura, que le tenia el alma atada al cuerpo, como en una prision. Penetró una vez mas adentro en el desierto, por dar mas libre campo á sus gemidos, doliendose que se tardaba mucho la muerte, y se dilataba el gozar la presencia de su amado Dios. Cuando vió un ermitaño á la margen de una fuente, y acercandose, con dolorosos afectos, le preguntó: Amigo, ¿qué remedio habrá para romper las cadenas, y salir de prision? El ermitaño, que tambien estaba profundamente herido del Amor Divino, entendió luego que hablaba de las cadenas y prision del cuerpo, y respondió: Yo tambien gimo, por verme detenido con las mismas cadenas, y en la misma cárcel. Pero viva el Amor, que esta es una cárcel de caridad, y no de temor, donde las cadenas son gozos y delicias, porque son conforme es la voluntad y gusto de nuestro amado Bien. Con esto, entrando en afectuosos razonamientos, tanto se encendieron en el corazon y en el semblante, que parecian dos de aquellas nubes, embestidas del sol, que al mismo tiempo se deshacen en lluvia y relampaguean, como si fuesen de fuego.

Pero el amor de Raimundo no paró en dulces consuelos, pasó á empresas arduas y heroicas; porque sabiendo que el Salvador al exami-

nar á Pedro en el amor; *Amas me?* tres veces le habia dicho: *Pasce Oves meas*, se redujo á procurar la salud de las almas por todos medios. Las conversiones que obró en todas esferas de personas, fueron muchas y grandes: predicando de la inestabilidad de las cosas humanas, de la venidad de los honores, de la brevedad de los placeres, de las miserias de esta vida, de los premios y penas de la otra; y esto con tanta copia y eficacia de razones, que á manera de llama voráz, andaba transformando en sí cuantos se le ponian delante. Y mas considerando, que su Amado estaba crucificado, no se puede decir con cuántas ansias deseaba y buscaba las cruces. Solia decir, que el arbol del amor, era el árbol de la cruz, que producía frutos agridulces; y que las enfermedades y tribulaciones eran sus flores; y así, nunca tenia mayor contento, que cuando estaba mas afligido y atribulado, padeciendo calumnias, achaques, prisiones y trabajos; pero endulzados con tantas consolaciones de espíritu, que mas era aquello gozar, que padecer.

Habia comprado un esclavo turco, para que le enseñase la lengua arábica. Mas cuando este perdido entendió, que el fin no era otro, que para ir á hacer guerra á la secta mahometana, tanto se enfureció, que con un cuchillo le atravesó el pecho, si bien la herida no fué mortal. Corrió toda la casa al ruido, resuelta á hacer pedazos á aquel traidor; mas Raimundo se interpuso para librarle, diciendo: que el amor de Dios mandaba perdonar á los enemigos. Ni mostró otra señal de dolor, sino que le dolia no haber muerto por tan bella causa.

Seria muy largo referir uno por uno los pro-

digios que el Amor Divino obró en este grande hombre hasta su muerte, que le dió la impiedad de los moros, glorificada de Dios con una pirámide de fuego, que se vió salir de su cadaver, como en señal de su ardentísimo amor. Bastára con algunos sentimientos generosos suyos, que quisiera yo entrasen tambien en nuestros corazones. Veislos aquí.

¡Oh, Santo Amor, cuánto siento haber aprendido tarde tus dulces finezas! Si yo te puse antes tan vilmente al amor profano, no fué porque tú lo merecerias, sino solo porque yo no te conocia. Mas ¿quién habrá que pueda apartarme de tí? *Quis me separabit à charitate Christi? Tribulatio?* ¿Tribulaciones? No, porque tú, ó Santo Amor, me las cambias en suavísimos contentos? *An angustia?* ¿Congojas? No, porque tú me las mudarás en tranquila paz. *An fames?* ¿La hambre? No, porque tú me alimentarás y hartarás con un nectar del paraíso. *An periculum?* Tampoco los peligros, porque asistiendome tú, se convertirán en seguridad imperturbable. *An persecutio?* Ni las persecuciones, porque al fin se me han de recompensar con gloriosos triunfos. *An gladius?* No, no podrán las espadas apartarme de tí, ó Divino Amor; porque no deseo otra cosa, que morir por mi Amor crucificado. Las heridas y la muerte, me serán premio y felicidad: *Quis ergo me sperabit à charitate Christi?*

He aquí las Verdades Eternas, que he podido explicarte, lector cristiano y deseoso de tu salvacion, si han engendrado en tu corazón algun buen sentimiento, procura mantenerle vivo con la frecuente consideracion de ellas. ¡Cuán breve es la vida! ¡Qué cierta la muerte! ¡Qué incierta su ho-

ral! ¡Cuán grande el premio, que Dios tiene preparado para los que le aman y guardan su Ley! Sobre todo, ten bien impreso en el corazón: *Quam bonus est Deus. bis qui recto sunt corde!* ¡Cuán bueno y benigno es Dios para los que sencillamente le buscan! ¡Cuán fiel para los que le sirven con verdad y de buen corazón! Señor tan amoroso, Señor tan bienhechor, Señor tan liberal, que tendrá notadas y escritas, sin que puedan borrarse, todas tus obras, todos tus pasos, todas tus oraciones, tus penitencias, que por su amor hicieres, todos tus pensamientos, y aun los mas delgados cabellos de tu cabeza: *Capilli capitis vestri omnes numerati sunt;* esto es, aun los mas mínimos deseos, para premiarlos con eterno galardón en el cielo.

Lease à Tomás de Kempis lib. 3. cap. 5. De los admirables afectos del Amor Divino.